

# EL DOCTUS ARTIFEX EN EL ENTORNO DE FELIPE II: INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA CIENCIA, BIBLIOFÍLIA Y ASCENSO SOCIAL

RAMON SOLER I FABREGAT  
*Universitat Autònoma de Barcelona*

## RESUMEN

Al servicio de Felipe II aparecen por primera vez en España los profesionales mecánicos (ingenieros, arquitectos, pintores) con formación literaria. Sus bibliotecas muestran sus estrategias de ascenso social, a pesar de la decadencia científica española.

RESUM: *El Doctus Artifex en l'entorn de Felip II: institucionalització de la ciència, bibliofília i ascens social*

Al servei de Felip II apareixen per primera vegada a Espanya els professionals mecànics (enginyers, arquitectes, pintors) amb formació literària. Les seves biblioteques mostren les seves estratègies d'ascens social, malgrat la decadència científica espanyola.

SUMMARY: *The Doctus Artifex in the Court of Philip II of Spain: the institutionalization of science, bibliography and social promotion*

The mechanic professionals (engineers, architects, painters) with literary training appear in Spain for the first time at the service of Philip II. Their libraries show their social ascent strategies, despite the Spanish scientific decadence.

## *La enseñanza tecnológica*

Quizá ninguna rémora pesó más en el desarrollo de la ciencia moderna que el viejo prejuicio en favor de las actividades intelectuales y en contra de las mecánicas. Las enseñanzas tecnológicas no tenían lugar en las universidades españolas del siglo XVI, y las ciencias del mundo natural (a excepción de la medicina) apenas atraían al alumnado.<sup>1</sup> La anatomía era casi la única disciplina que podía interesar a los artistas: el orfebre y escultor Juan de Arfe (*De varia commensuración para la escultura y arquitectura*, Sevilla, 1585) asegura haber asistido a disecciones en la universidad de Salamanca.

Cuando un artesano podía permitirse el lujo de costear a su hijo una formación libresca, no era con intención de que destacase en la profesión paterna, sino para que pudiese desasirse de ella, ingresando en la administración o a la Iglesia; ascenso social que ejemplifican los dos hijos del arquitecto Alonso de Covarrubias, obispo y presidente del Consejo de Castilla, respectivamente. En las

<sup>1</sup> José María López Piñero, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, 1979; Richard L. Kagan, *Universidad y sociedad en la España moderna*, Madrid, 1981; Vicente L. Salavert Fabiani, "La cultura científica y técnica en la España de los siglos XVI y XVII", *Bulletin hispanique* 97:1 (1995), pp. 233-260.

ciencias naturales y matemáticas, los más no veían rentabilidad ni medio de promoción social. Era raro que alguien abandonase los estudios y entrase en un taller por vocación. Existía un vacío entre el conservador saber jurídico y teológico de las élites, y el práctico saber artesanal.

Cuando Felipe II subió al trono, el más importante centro no universitario de enseñanza científica en España era la Casa de Contratación de Sevilla, especialmente dedicada a formar pilotos y cartógrafos para la carrera de Indias. El sedentario monarca sintió la necesidad de un centro similar anexo a la Corte, y fundó en 1582 la Academia (en realidad cátedra) de Matemáticas de Madrid, que supervisó el arquitecto y maestro mayor de las obras reales Juan de Herrera y dirigió el cosmógrafo portugués Juan Bautista Labaña. Las clases se impartían en castellano, mientras que las universidades empleaban el latín. Parece que el programa se reducía a cosmografía y náutica, enseñándose fortificación sólo durante la breve docencia del ingeniero militar Cristóbal de Rojas.<sup>2</sup> El alumnado se reclutaba entre cortesanos, militares y funcionarios. Publicaciones originadas en su seno fueron la traducción de *La perspectiva y especularia* de Euclides, por Pedro Ambrosio de Ondérez (Madrid, 1585),<sup>3</sup> las traducciones de Vitruvio, Alberti y Vignola (véase más abajo), y *Teoría y práctica de fortificación* de Rojas (Madrid, 1598). De otro orden fue la obra exegética de los jesuitas Jerónimo Prado y Juan Bautista Villalpando, *In Ezechielem explanationes*. Su tercer tomo, *Apparatus urbis ac Templi Hierosolymitani* (Roma, 1604) debido solamente a Villalpando, es una reconstrucción del templo de Salomón, y puede verse como una justificación teológica de El Escorial.<sup>4</sup>

Otro ingeniero civil que trabajó para la Corona fue Pedro Juan de Lastanosa. No llegó a publicar sus *Veintiún libros de los ingenios y las máquinas* (antes atribuidos al italiano Juanuelo Turriano), debido probablemente a que la autorización dependía de su rival Juan de Herrera. Causa o consecuencia de ello serían las invectivas que la obra lanza sobre el arquitecto.<sup>5</sup>

Recientemente se ha descubierto el informe de Juan de Herrera, *Institución de la academia Real Matemática* (Madrid, 1584), que propone al rey la creación de una universidad de disciplinas científicas, algo así como un politécnico.<sup>6</sup> No se llevó a cabo, fuera por dificultades del erario público, por desavenencias de Felipe II con su maestro mayor, o por la oposición de las universidades castellanas, que ya había impedido que los jesuitas implantaran una nueva en Madrid (se quedó en Colegio, bajo el patrocinio de la emperatriz viuda).

<sup>2</sup> José Ramón Soraluze Blond, "Ciencia y arquitectura en el ocaso del Renacimiento español: notas para la historia de la Real Academia de Matemáticas de Madrid", *Academia* 65 (1987), pp. 67-107; I. Vicente Maroto y M. Esteban Piñeiro, *Aspectos de la ciencia aplicada en la España del Siglo de Oro*, Valladolid, 1991.

<sup>3</sup> M. Esteban Piñeiro e I. Vicente Maroto, "Primeras versiones castellanas (1570-1640) de las obras de Euclides: su finalidad y sus autores", *Asclepio* 41:1 (1989), pp. 203-232; Luis Vega, "Las versiones de los Elementos como signo de los tiempos", en S. Garma, V. Navarro y D. Flament (eds.), *Contra los titanes de la rutina*, Madrid, 1993, pp. 35-50.

<sup>4</sup> Juan Antonio Ramírez, "Del valor del Templo al coste del libro (las finanzas de Salomón, el mecenazgo de Felipe II, y Juan Bautista Villalpando)", *Boletín de arte* 9 (1988), pp. 19-45; *Id.*, "Guión para una exposición (Dios, arquitecto: Juan Bautista Villalpando y el Templo de Salomón)", *Ibid.*, 12 (1991), pp. 7-38.

<sup>5</sup> Nicolás García Tapia, *Ingeniería y arquitectura en el Renacimiento español*, Valladolid, 1990.

<sup>6</sup> Edición moderna de José Simón Díaz y Luis Cervera Vera, Madrid, 1995.

La Academia de Matemáticas languideció tras la muerte de Herrera y Felipe II. A partir de 1625 la asumieron los jesuitas del Colegio Imperial de Madrid (y con ella libros e instrumentos científicos), al no encontrarse nadie más que se hiciera cargo, y así continuó hasta la expulsión de 1767. Durante dos siglos, los colegios jesuitas fueron los principales centros de enseñanza matemática (y, en general, de enseñanza media) en España. Menos elitistas de lo que se ha dicho, estuvieron abiertos a estamentos sociales que no habían tenido acceso a la Academia Real.<sup>7</sup>

### *Los ingenieros militares*

Durante el siglo XVI, la consideración de la ingeniería militar como arte "mecánica" (que los arquitectos estaban dispuestos a anexarse, pero no a subordinarse a ella) la dejó principalmente en manos de matemáticos, los cuales, por su formación enraizada en el *quadrivium*, no tenían pasar por oficiales mecánicos.<sup>8</sup> Consiguieron así conferir a la fortificación dignidad de ciencia, en lo que se vieron auxiliados por el desarrollo de la artillería, que no podía pasarse sin conocimientos de geometría y balística. Son numerosos los tratados de fortificación que se inician con unos principios de matemáticas. En tales libros, los criterios estéticos y urbanísticos acaban por minimizarse, y el tema principal deja de ser la ciudad ideal fortificada, que se sustituye por la ciudadela abaluartada.<sup>9</sup> El resultado final, común a toda la Europa de fines del XVI, fueron los ingenieros especializados, aunque con frecuencia proyectasen también edificios civiles.

La creciente complejidad de la guerra moderna exigió cada vez más una preparación especializada, que ni la ética caballeresca, ni la formación en los autores clásicos, ni la experiencia en batalla campal podían proporcionar. Los viajes y la lectura de autores modernos empezaron a considerarse requisitos de la formación de un oficial, incluso de aquél que nunca hubiera estado en el campo de batalla.<sup>10</sup> De nada servirá que el militar de la vieja escuela Yago se burle de Casio como de un "aritmético" que ha sacado su saber de los libros [modernos] (*Othello*, I, 1).

Los primeros ingenieros empleados por la Corona de España (Giovanni Battista Antonelli, Tiburzio Spanochi, Francesco Paciotto, Filippo Terzio, Giovanni Vincenzo Casale), escribieran o no, eran por lo general italianos (aunque

<sup>7</sup> Richard L. Kagan, *Students and society in early modern Spain*, Baltimore, 1974, p. 53; Bernabé Bartolomé Martínez, "Las escuelas de gramática del Colegio Imperial de Madrid durante el siglo XVI", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 17 (1980), pp. 137-157 [p. 141]; *Id.* "Las librerías e imprentas de los jesuitas (1540-1767): una aportación notable a la cultura española", *Hispania sacra* 40 (1988), pp. 315-388; José Simón Díaz, *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, Madrid, 1992.

<sup>8</sup> Catherine Wilkinson, "Renaissance treatises on military architecture and the science of mechanics", en Jean Guillaume (ed.), *Les traités d'architecture de la Renaissance*, Paris, 1988, pp. 467-476 [pp. 473-474].

<sup>9</sup> Martha D. Pollack, *Military architecture, cartography & the representation of the early modern European city*, Chicago, 1991, introducción.

<sup>10</sup> J. R. Hale, "The military education of the officer class in early modern Europe", en Cecil H. Clough (ed.), *Cultural aspects of the Italian Renaissance*, Manchester, 1976, pp. 440-461 [p. 448]; *Id.*, *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento, 1450-1620*, Madrid, 1990, p. 163.

en ingeniería civil predominan los españoles),<sup>11</sup> y si ostentaban grados militares solía ser a título honorífico. A partir de la primera generación de ingenieros autóctonos —el primero en escribir, Pedro Luis Escrivá (*Apología en excusación y favor de las fábricas del Reino de Nápoles*, ca. 1550; inédito hasta 1878); el primero en publicar, el ya citado Cristóbal de Rojas (1598)—, se tratará de militares de carrera, y como tales, generalmente nobles o por lo menos hidalgos.<sup>12</sup>

Tanto la arquitectura militar misma como su tratadística son géneros que tienden a la uniformidad y al cosmopolitismo, por la universal tendencia a aprender del adversario, y por ser los ingenieros militares los más móviles de todos los profesionales. Con frecuencia encontramos los mismos personajes en la Península Ibérica, en las posesiones de Italia, de los Países Bajos e incluso de América.

Sabemos poco de la formación de los ingenieros militares bajo los Austrias, a diferencia del mejor estudiado siglo XVIII.<sup>13</sup> Vicente Carducho (*Diálogos de la pintura*, Madrid, 1633) asegura que la Academia Militar de Madrid (funcionó entre 1605 y 1697), en su tiempo alojada en las casas del marqués de Leganés, Capitán General de la Artillería, estaba bien provista de instrumentos, pinturas y libros. Sin embargo, la influencia de estas academias en la formación de los militares fue limitada, debido a su dispersión geográfica y a su funcionamiento intermitente. Los ascensos se otorgaban por antigüedad o por méritos de guerra, antes que por conocimientos, lo que desincentivaba el estudio. El ingeniero militar Sebastián Fernández de Medrano describe así su formación (*El ingeniero*, Bruselas, 1687):

en ninguna Universidad ni de Maestro alguno, sino es en los cuerpos de guardia como pobre reformado, la pica al hombro y los libros e instrumentos en una valija.

Andaba siempre continuando en lo que había emprendido de adquirir la matemática valiéndome de uno y otro libro, y siendo cosa tan enajenada en toda la Monarquía en aquel tiempo, los oficiales de mi tercio me tenían por loco.

### Los arquitectos

El término "arquitecto" fue un italianismo adoptado en primer lugar no por los maestros canteros, fieles a los sistemas constructivos tardogóticos, sino por los ornamentistas que asimilaban los estilemas clásicos importados de la península vecina: gente como tracistas de retablos o plateros. Los mismos idiotismos con los que aparecen en la documentación ("maestros de alquititura", "juometras")

<sup>11</sup> García Tapia, *Op.cit.*, p. 41.

<sup>12</sup> Alicia Cámara Muñoz, "Tratados de arquitectura militar en España: siglos XVI y XVII", *Goya* 156 (1980), pp. 338-345; *Id.*, "La arquitectura militar y los ingenieros de la monarquía española: aspectos de una profesión (1530-1560)", *Revista de la Universidad Complutense* 30:3 (1981), pp. 255-269.

<sup>13</sup> H. Capel, J. E. Sánchez, O. Moncada, *De Palas a Minerva: la formación científica y la estructura institucional de los ingenieros militares en el siglo XVIII*, Barcelona, Madrid, 1988; Francisco Andújar Castillo, "La educación de los militares en la España del siglo XVIII", *Chronica nova* 19 (1991), pp. 31-55.

sugiere poca familiaridad con los textos; su cultura era aún predominantemente auditiva y gráfica. La denominación de arquitecto se la apropian posteriormente los tracistas exentos de la jurisdicción gremial, los maestros de obras reales en primer lugar. Profesión que ahora, y por primera vez, forma parte de la cultura del libro. Los términos castizos "maestro de cantería" (o simplemente "cantero") y "alarife" (éste en zonas de tradición mudéjar), que en sus orígenes significaban proyectista y director de obras, acabaron por invertir su significado, pasando a denominar a los picapedreros y albañiles.<sup>14</sup>

El mejor exponente de la segmentación del mercado laboral en los oficios de la construcción fue el desarrollo del proyecto arquitectónico, en forma de plantas, alzados, cortes y perspectivas en detalle, diseñados en su estudio por el arquitecto, que ya no trabajaba a pie de obra. La ejecución quedaba a cargo de aparejadores y maestros de obras. Teorizado por Vitruvio (*De architectura*) y actualizado por Leon Battista Alberti (*De re aedificatoria*), el sistema se hace realidad en el círculo de Rafael, con motivo de las obras de San Pedro del Vaticano. Una generación más tarde, Felipe II implanta el sistema en España, para su empresa de renovación de los Reales Alcázares (en la cual ya tuvo un papel decisivo durante el reinado de su padre, el viajero Carlos V) y de fundación de El Escorial.<sup>15</sup>

El nuevo modelo de arquitecto exigía familiarizarse con la antigüedad clásica y la teoría italiana, lo que había de lograrse por medio de los libros. En consecuencia, la arquitectura dejó de ser un oficio aprendido sobre la obra misma y se convirtió en una ciencia abierta a nuevos estratos sociales y culturales.<sup>16</sup> El secretismo, la costumbre de transmitir los conocimientos profesionales sólo en el seno de la familia y del taller, de forma oral o manuscrita, se conservó más especialmente en la técnica constructiva (estereotomía y abovedamiento), en la cual albañiles y canteros podían desafiar la autoridad de los arquitectos que no procedían de su mundo profesional.<sup>17</sup>

Su formación matemática permitirá al nuevo tipo de arquitecto proyectar indistintamente edificios representativos (iglesias, palacios), obras de ingeniería civil (puentes, canales) y obras de ingeniería militar, aunque estas últimas cada vez menos, como hemos dicho antes. Tracistas como Juan Bautista de Toledo y, sobre todo, su sucesor como primer arquitecto real, Juan de Herrera, alcanzarán la

<sup>14</sup> Margherita Monreal, "Apuntes para la historia del término *Arquitecto*", *Hispanic review* 27:1 (1959), pp. 123-136; Carmen Gómez Urdáñez, *Arquitectura civil en Zaragoza en el siglo XVI*, Zaragoza, 1987-1988; Consuelo Gómez López, "Los alarifes en los oficios de la construcción (siglos XV-XVIII)", *Espacio, tiempo y forma. Historia del arte* 4 (1991), pp. 39-52.

<sup>15</sup> Alfonso Rodríguez G. de Ceballos, "En torno a Felipe II y la arquitectura", en AA.VV., *Real Monasterio-Palacio de El Escorial: estudios inéditos en el IV centenario de la terminación de las obras*, Madrid, 1987, pp. 104-125; Fernando Checa Cremades, *Felipe II mecenas de las artes*, Madrid, 1993.

<sup>16</sup> Fernando Marías, "El problema del arquitecto en la España del siglo XVI", *Academia* 48 (1979); Agustín Bustamante y Fernando Marías, "El Escorial y la cultura arquitectónica de su tiempo", en *El Escorial en la Biblioteca Nacional*, Madrid, 1986, pp. 124-126; Alicia Cámara Muñoz, *Arquitectura y sociedad en el Siglo de Oro: idea, traza y edificio*, Madrid, 1990; M<sup>a</sup> Victoria García Morales, *La figura del arquitecto en el siglo XVII*, Madrid, 1991; Lino Cabezas Gelabert, "Del 'arte de la cantería' al 'oficio de la cantería'", en Miguel Ángel Aramburu-Zabala (ed.), *Juan de Herrera y su influencia*, Santander, 1993, pp. 137-142.

<sup>17</sup> José Carlos Palacios, *Trazas y cortes de cantería en el Renacimiento español*, Madrid, 1990.

posición superior de “ingenieros-teóricos”<sup>18</sup> empleados por la Corona, nobles o hidalgos con estudios universitarios, a los que añadían una formación científica autodidacta por medio de libros. Se recurría a este tipo de personal para obras que exigían cálculos complicados, pues todavía era raro el “ingeniero-práctico” con formación libresca.

Pieza fundamental de la puesta al día fue la traducción de los principales tratados italianos: el de Sebastiano Serlio, por el arquitecto y rejero Francisco de Villalpando (Toledo, 1552, dedicado al todavía príncipe Felipe); el de Alberti, por el cosmógrafo Rodrigo Zamorano (Madrid, 1582); el de Vitruvio por el entallador Miguel de Urrea (Alcalá de Henares, 1582, dedicado al rey); el de Jacopo da Vignola, por el pintor y arquitecto Patricio Cajés (Madrid, 1593, dedicado al futuro Felipe III). Villalpando y Cajés costearon sus propias ediciones. La de Alberti lo fue por un artista más modesto, el albañil Francisco Lozano.

### *Bibliotecas de artistas*

La primera biblioteca de artista importante que conocemos en España es la de Juan Bautista de Toledo. Significativamente, se había formado en Roma como aparejador de Miguel Ángel, y en Nápoles como ingeniero. Por cierto que su equipaje, libros incluidos, cayó en manos de corsarios musulmanes en el flete de Nápoles a España, y tuvo que rehacer su biblioteca.<sup>19</sup> De ella sólo conocemos los volúmenes de arquitectura que a su muerte pasaron a la biblioteca de El Escorial, previa selección de Felipe II. Este centro y la biblioteca privada del rey sita en el Alcázar de Madrid (cuyo contenido también conocemos) estaban sin duda abiertas a los artistas áulicos.<sup>20</sup>

Ofrecemos a continuación el número de títulos presentes en bibliotecas de artistas que trabajaron para Felipe II (el Greco, sólo fugazmente). Se podrían comparar con varios inventarios de artistas provincianos de la misma época, con desventaja para éstos. La superioridad de arquitectos e ingenieros sobre las demás profesiones artísticas se mantendrá durante toda la Edad Moderna. En cuanto a pintores, escultores y orfebres, estarán siempre entre los operarios manuales mejor provistos de libros.<sup>21</sup>

1567. Juan Bautista de Toledo, arquitecto e ingeniero más de	41
1569. Giovanni Battista Castello, pintor y arquitecto	5

<sup>18</sup> Terminología de García Tapia, *Op.cit.*, pp. 55-59. Véase también: *Id.*, “La formación de los ingenieros españoles antes de la fundación de la Academia de Matemáticas en 1582”, en AA.VV., *Estudios sobre historia de la ciencia y de la técnica*, Valladolid, 1988, vol. 1, pp. 315-325; Rupert Hall, “The scholar and the craftsman in the Scientific Revolution”, en Marshall Clagett (ed.), *Critical problems in the history of science*, Madison, 1969, pp. 3-23 [pp. 5-8].

<sup>19</sup> Javier Rivera, *Juan Bautista de Toledo y Felipe II: la implantación del clasicismo en España*, Valladolid, 1984.

<sup>20</sup> Francisco Javier Sánchez Cantón (ed.), *Inventarios reales. Bienes muebles que pertenecieron a Felipe II*, Madrid, 1956-1959; Elena Santiago Páez, “Las bibliotecas del Alcázar en tiempos de los Austrias”, en Fernando Checa (ed.), *El Real Alcázar de Madrid*, Madrid, 1994, pp. 318-343.

<sup>21</sup> Ramon Soler i Fabregat, “Libros de arte en bibliotecas de artistas españoles (siglos XVI-XVIII): aproximación y bibliografía”, *Locus amoenus* 1 (1995), pp. 145-164; Carmen García Rodríguez, *Bibliotecas de artistas madrileños (1580-1750)*, Tesis doctoral, Madrid, Universidad Autónoma, 1996.

1576. Pedro Juan de Lastanosa, ingeniero y tratadista	494
1579. Juan Fernández Navarrete, el Mudo, pintor	1
1589. Jacopo da Trezzo, orfebre y escultor	135
1593. Niccolò Granello, pintor	50
1597. Juan de Herrera, arquitecto, ingeniero y tratadista	750
1603. Juan de Arfe, orfebre, escultor y tratadista	23
1604. Antonio de Segura, arquitecto	52
1607. Luis de Carvajal, pintor	32
1608. Juan Pantoja de la Cruz, pintor	56
1610. Francisco de Mora, arquitecto	392
1613. Pompeo Leoni, escultor (+ 1608)	598
1614. Dominico Theotocópuli, el Greco, pintor y tratadista	131
1621. Juan Bautista Monegro, escultor y arquitecto	610
1622. Patricio Cajés, pintor y arquitecto (+ 1612)	11

En estas bibliotecas, la inmensa mayoría de textos sobre arquitectura, fortificación y bellas artes son de procedencia italiana, escritos en italiano o latín. También se sabe que en 1584 Juan de Herrera encargó al secretario de la embajada en Venecia diversas obras de matemáticas, mecánica, cosmografía y hermetismo, no está claro si con destino a la cátedra de matemáticas de la Corte, a El Escorial o a su biblioteca particular.<sup>22</sup>

Los precios de los libros pueden estudiarse mediante los inventarios de bienes. Describen el valor residual de objetos usados, pero no son inapropiados, pues las almonedas eran una ocasión concurrida de hacerse con libros a precio razonable. Sin embargo, las principales obras sobre arte (sobre todo si iban ilustradas) eran prohibitivas para la mayoría del artesanado. Bastarán algunos ejemplos tomados del inventario *post mortem* de Juan de Arfe (Madrid, 1603):<sup>23</sup>

Vignola, <i>Reglas de los cinco órdenes de arquitectura</i>	18 reales
Antonio Labacco, <i>Libro apparteniente all'architettura</i>	18 reales
Serlio, <i>Tercer y cuarto libros de arquitectura</i>	24 reales
Benvenuto Cellini, <i>Dell'oreficeria e della scultura</i>	5 reales
Vitruvio, <i>De architectura</i>	10 reales

Un oficial de cantería o albañilería (normalmente a tiempo completo) percibía de 25 a 50 ducados anuales, es decir, de uno a dos reales por día de trabajo; un maestro de la misma especialidad, el doble. Los maestros mayores de edificios importantes percibían de 100 a 200, y los arquitectos reales de 200 a 400, a lo que hay que añadir, en estos dos últimos casos, los honorarios por encargos privados.<sup>24</sup>

<sup>22</sup> Reproducen la carta Vicente Maroto y Esteban Piñeiro, *Op.cit.*, pp. 119-121, con comentario en p. 90.

<sup>23</sup> José Luis Barrio Moya, "El platero Juan de Arfe y Villafañe y el inventario de sus bienes", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 19 (1982), pp. 30-31.

<sup>24</sup> Fernando Marías, *El largo siglo XVI. los usos artísticos del Renacimiento español*, Madrid, 1989, pp. 513-517.

*La teoría artística*

Los primeros artistas españoles al corriente de la teoría idealista de la pintura fueron pintores que volvieron de Italia bajo el reinado de Felipe II, como Bartolomé Carducho y Pablo de Céspedes. Las primeras publicaciones españolas sobre la materia datan de la generación posterior, la que llega a la madurez bajo Felipe III. Los preceptistas repetían infatigablemente el lema horaciano *ut pictura poesis*, con la finalidad de asimilar las artes figurativas a la retórica (arte liberal del *trivium*), y las artes plásticas en general a la geometría (arte liberal del *quadrivium*).<sup>25</sup> En la cima estaba la idea del arte como actividad esencialmente intelectual.

Las protestas de ciertos sectores artísticos, especialmente de los pintores (con escultores y plateros en cierto modo a su remolque), en favor de la liberalidad de sus oficios (cosa de la que, significativamente, los arquitectos no tuvieron nunca necesidad), se vieron coronadas por el éxito en el terreno legal: la exención de determinados impuestos.<sup>26</sup> Paradójicamente, las arremetidas forenses se emprendieron desde comienzos del siglo XVII, precisamente cuando —consecuencia material de la decadencia económica y consecuencia ideológica de la “impermeabilización” cultural emprendida por los poderes civil y eclesiástico—, la tasa de alfabetización del artesanado, como en general de los estamentos no privilegiados, se estancaba o incluso descendía.<sup>27</sup> Pero, para entonces, los portavoces de los artistas eran ya individuos introducidos en la alta sociedad y en la corte, y por lo tanto a un resguardo relativo de la penuria. El objetivo declarado (que se repite en tratados, alegatos jurídicos y peticiones al rey) de poner coto a los “pintores sin ciencia”, intenta preservar una situación de privilegio amenazada. Hasta cierto punto, la coyuntura podía resolverse a su favor, dada la tendencia de las clases pudientes a invertir en inmuebles y en artículos suntuarios, en épocas de recesión.<sup>28</sup>

Una variante de esta estrategia consistía en el consumo privado de un arte (desnudos mitológicos, etc.) cuya sensualidad se proscrubía en público.<sup>29</sup> Los tratados de pintura han de recurrir a un sofisticado *parti pris* para justificar a sus clientes y a sí mismos: ¿cómo van a ser inmorales los desnudos profanos, si hasta

<sup>25</sup> M<sup>a</sup> Pilar Manero Sorolla, “El precepto horaciano de la relación ‘fraterna’ entre pintura y poesía y las poéticas italo-españolas durante los siglos XVI, XVII y XVIII”, *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* 64 (1988), pp. 171-191.

<sup>26</sup> Julián Gállego, *El pintor de artesano a artista*, Granada, 1976.

<sup>27</sup> Esta cuestión quizá no pueda resolverse nunca satisfactoriamente, debido a la inadecuación de las fuentes (firmas en registros notariales e inquisitoriales). Véase: Sara T. Nalle, “Literacy and culture in early modern Castille”, *Past & present* 125 (1989), pp. 65-96; Antonio Viñao Frago, “Alfabetización, lectura y escritura en el Antiguo Régimen (siglos XVI-XVIII)”, en Agustín Escolano (ed.), *Leer y escribir en España: doscientos años de alfabetización*, Madrid, 1992, pp. 45-68; Serafin de Tapia, “La alfabetización de la población urbana castellana en el Siglo de Oro”, *Historia de la educación* 12-13 (1993-1994), pp. 275-307; Jacques Soubeyroux, “La alfabetización en la España del siglo XVIII”, *Ibid.* 14-15 (1995-1996), pp. 199-233.

<sup>28</sup> Bartolomé Bennassar, *Valladolid en el siglo de Oro: una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVII*, Valladolid, 1989. Bennassar observa que la inmovilización de capitales en artículos suntuarios ha resultado a la larga una lucrativa e inesperada inversión: la industria turística.

<sup>29</sup> Rosa López Torrijos, *La mitología en la pintura española del Siglo de Oro*, Madrid, 1985; Pierre Civil, “Erotismo y pintura mitológica en la España del Siglo de Oro”, *Edad de Oro* 9 (1990), pp. 39-49.

el rey los colecciona? Luego es evidente que estas fábulas han de tener un trasfondo moral, cuya revelación hay que agradecer al culto artista. Las obras históricas, pseudo-históricas, épicas y mitológicas constituían la fuente de la clase más prestigiosa del arte secular. Aunque en España el género se cultivase menos que en los países cercanos (para lo que no fuera pintura religiosa ni retratos, Felipe II recurrió casi exclusivamente a pintores italianos), Antonio Palomino pone el dedo en la llaga cuando escribe (*El Museo pictórico y escala óptica*, Madrid, 1715):

la fábula [...es] cosa importantísima [...] no tanto para lo poco que se ofrece en nuestra facultad, cuanto para el conocimiento de las muchas que hay pintadas en los palacios y casas de príncipes; ¡que es sumo desaliño ver un pintor una historia o fábula y no saber decir lo que es!

### *Balance y conclusión*

La organización de un taller no exigía disponer de más de un par de docenas de títulos de orientación práctica, como confirman la mayoría de inventarios.<sup>30</sup> Ir más allá significaba aspirar a una imagen de hombre de mundo, presentable ante las clases privilegiadas, lo cual no podía aprenderse en el taller, sino mediante la lectura.<sup>31</sup> La ecuación implícita era: biblioteca = modo de vida de las clases altas = condición no servil; y la explícita: biblioteca = cultura superior = profesión liberal. Plantearlas equivalía a confundir deseo con realidad, aunque, por el mismo hecho de plantearlas, se estaba algo más cerca de darles efecto.

Evidencia la disyunción entre conocimientos y funciones, que los gremios raramente exigieran examen para emplearse como oficial. El examen era un requisito (no en todo tiempo ni lugar)<sup>32</sup> para establecerse como maestro, es decir, para monopolizar encargos, tasaciones y peritajes. Desenvolverse entre las clases altas equivalía a asegurarse una posición en el mercado laboral, pues dichas clases eran las que distribuían los encargos más sustanciosos, y para ellas las artes plásticas ya constituían una actividad honrosa, que era de buen tono apadrinar, y aun (por lo que hace a dibujo y pintura) practicar en privado. Y viceversa: la nobleza prefería tratar con artistas doctos, a fin de conciliar su aversión por el trabajo manual con el gusto por el arte. Porque, como decían Séneca, Plutarco y Luciano, se puede alabar la obra al tiempo que se desprecia al ejecutante. En una sociedad estamental —y con mayor razón dentro del artesanado—, nadie ignoraba que las posibilidades de promoción social por medio del autoaprendizaje eran escasas, aunque no nulas, como demuestra el *curriculum* de Juan de Herrera. Era

<sup>30</sup> Cervantes concede "hasta seis docenas de libros" al sensato Caballero del Verde Gabán (*Don Quijote*, 2ª parte, cap. XVI). Llegar hasta "más de trescientos", como el Ingenioso Hidalgo, puede llevar a locuras, como embestir molinos de viento... o escribir el *Quijote*.

<sup>31</sup> Mariás, *Op. cit.*, p. 491.

<sup>32</sup> Habituales en la Corona de Aragón y en Andalucía, no han dejado constancia documental en la Meseta, según Juan José Martín González, *El artista en la sociedad española del siglo XVII*, Madrid, 1984. La explicación podría hallarse en el desigual desarrollo de los gremios, pero en modo alguno en desniveles de instrucción.

rara la fortuna de hallar un mecenas con talento, que costeara estudios, propiciara encargos y facilitara recomendaciones.

El frágil equilibrio entre ideal y realidad que había caracterizado al Alto Renacimiento se había revelado inviable. Una respuesta fue la sofisticación manierista, tal como se impuso en la mayoría de las cortes europeas. En el entorno de Felipe II la situación fue diferente, aunque el contraste que allí se dio entre pietismo y pragmatismo pueda considerarse también (muy genéricamente) manierista. Por un lado, se valoró la cultura grecorromana como formulación de verdades ya expresadas en el Antiguo Testamento, lo que se manifiesta en la "idea" de El Escorial y de su decoración pictórica,<sup>33</sup> y, más adelante, en las opiniones arquitectónicas de Juan Bautista Villalpando.<sup>34</sup> Por otro lado,

la aspiración renacentista a un mundo de formas perfectas parece cumplirse, aun en forma exasperada, en los momentos finales del periodo, cuando el mundo de seguridades del clasicismo bramantesco parece venirse definitivamente abajo [...] Sólo la ciencia de los ingenieros parece poseer en estos momentos una base científica, que ancle la arquitectura en pareceres seguros.<sup>35</sup>

Pero aun la "liberalidad" de las disciplinas matemáticas se vaciaba de contenido en función de su decadencia verbalista, al tiempo que en otros países de Occidente servían de fundamento a una Revolución Científica de la que España quedó descolgada.<sup>36</sup>

Hay que añadir la Inquisición, que puso fuera de la ley buena parte de la literatura científica europea.<sup>37</sup> No es que el Santo Oficio fuera un prodigio de eficacia. Fracásó repetidamente en impedir la entrada de libros prohibidos, y en comparación, una iniciativa de la administración civil como la expulsión de los moriscos parece una obra maestra de la logística. Su verdadera fuerza residía en el miedo a la delación, que se alimentaba con la envidia y la maledicencia.<sup>38</sup> En su *Cosmographia nova* (ms. de 1530), el humanista cordobés Fernán Pérez de Oliva escribe estas significativas palabras:

<sup>33</sup> Sobre el *concelto* de El Escorial se han emitido opiniones encontradas. A mi modo de ver, no son tan excluyentes si las contemplamos con el gusto de los contemporáneos por las correspondencias simbólicas. Lo que sí es evidente es que en la formulación conceptual del Monasterio juega un papel decisivo el contenido y la decoración pictórica (por Pellegrino Tibaldi) de su Biblioteca. Véase: Fernando Checa Cremades, "El lugar de los libros: la biblioteca de El Escorial", en *El Libro antiguo español: el libro en palacio*, Salamanca, 1996, pp. 101-112; Fernando Jesús Bouza Alvarez, "Leer en palacio: de *Aula gigantium* a museo de reyes sabios", en *Ibid.*, pp. 29-42.

<sup>34</sup> Jesús Rubio Lapaz, "El desbordamiento y la limitación del clasicismo en la teoría del arte del Siglo de Oro", en *Actas del X Congreso del CEHA (comunicaciones)*, Madrid, 1994, pp. 337-341.

<sup>35</sup> Fernando Checa Cremades, "Los ingenieros del Renacimiento y la mentalidad clasicista", en AA.VV., *Herrera y el clasicismo*, Valladolid, 1986, pp. 33-44 [p. 43].

<sup>36</sup> Concepción Cárcel Laborde, *Humanismo y educación en España (1450-1650)*, Pamplona, 1993, p. 354.

<sup>37</sup> Virgilio Pinto Crespo, *Inquisición y control ideológico en la España del siglo XVI*, Madrid, 1983; J. Pardo Tomás, *Ciencia y censura: la Inquisición española y los libros científicos en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1991.

<sup>38</sup> Henry Kamen, *La Inquisición española*, Barcelona, 1988; Manuel Peña Díaz, "Libro e Inquisición: conflictos y actitudes sociales en Barcelona en el siglo XVI", *Historia social* 14 (1992), pp. 85-95.

unos dicen que soy gramático, y otros que retórico, y otros que soy geometa, y otros que soy astrólogo, y uno dixo en un conciliábulo que me había hallado otra tacha más, que sabía arquitectura.<sup>39</sup>

Durante el reinado de Felipe II se produce el viraje del optimismo humanista. La prohibición de estudiar en universidades extranjeras (con pocas excepciones) no fue causa, sino más bien consecuencia de un repliegue ideológico macrosocial. Esclerosis otra de cuyas manifestaciones llevaba tanto a gremios como a colegios mayores a exigir cada vez más expedientes de limpieza de sangre.<sup>40</sup> Las empresas científicas y tecnológicas de Felipe II fueron en su mayoría abandonadas o descuidadas bajo Felipe III. En las esferas del poder cundió el temor de que la educación del pueblo sustrajera brazos útiles del trabajo y la milicia, para exponerlos a lecturas peligrosas o fútiles. Bajo Felipe IV se oblió a cerrar muchas escuelas de grado medio, y se endureció la censura de libros, mientras que entre los letrados se expresaba (barroco tema del desengaño) la opinión de que la lectura y la escritura reportaban, aparte de la satisfacción personal, más sinsabores que ventajas sociales.<sup>41</sup>

<sup>39</sup> Cit. por Marias, *Op.cit.*, p. 210.

<sup>40</sup> Albert A. Sicroff, *Los estatutos de limpieza de sangre: controversias entre los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1985.

<sup>41</sup> Luis Gil Fernández, *Panorama social del humanismo español (1500-1808)*, Madrid, 1981, pp. 649-650.